

Templanza

Leon Barnes

Esto fue lo que Salomón dijo: “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñoa de su espíritu, que el que toma una ciudad” (Proverbios 16.32). Las fuerzas y el poderío son cualidades que admiramos. El mundo disfruta yendo a los eventos deportivos para ver a los fuertes derrotar a los que no lo son tanto. Dios dice que el verdadero logro de una persona es tener dominio de su propio espíritu. Se necesita ser una mejor persona para controlar el espíritu propio que para conquistar una ciudad. Salomón también escribió: “Como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda” (Proverbios 25.28).

Uno de las más grandes historias del Antiguo Testamento es la de Sansón, poderoso juez. Este hombre fuerte era capaz de destruir a cualquier enemigo que enfrentara, pero jamás pudo someter bajo control sus propias pasiones y deseos. Fue debido a su falta de dominio propio, que él dejó que se conociera el secreto de su fortaleza y perdió así su vida. ¡Sí que estaba en lo cierto Salomón cuando dijo, que es más difícil para un hombre controlar su espíritu que gobernar una ciudad!

EL DOMINIO PROPIO Y EL ESPÍRITU

La templanza o el dominio propio no es algo que simplemente desarrollamos nosotros mismos; es un don del Espíritu Santo cuando éste está en control de nuestras vidas. En Gálatas 5.16–23, Pablo trató de dos estilos de vida. Una persona puede ser controlada por la

carne y llevar a cabo los deseos u obras de la carne, o puede andar en el Espíritu, ser conducido por el Espíritu, y dar el fruto del Espíritu en su vida diaria. Esto fue lo que dijo: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe mansedumbre, templanza;...”

¿Significará esto que no tenemos dominio sobre el dominio propio? ¿Residirá todo en lo que Dios haga y nada en lo que nosotros hagamos? ¡Por supuesto que no! Cuando Pablo le predicó a Félix, él razonó con éste acerca de “la justicia, del dominio propio y del juicio venidero”, hasta el punto que Félix se espantó con tales ideas. Si él no hubiera sido responsable de su falta de dominio propio, no habría sido necesario que se espantara o que se preocupara por su destino.

Cuando Pedro listó las gracias que todos los cristianos deben desarrollar en sus vidas, él dijo que debían añadirse a éstas, el dominio propio. El no tener esta gracia es igual a estar ciego; es igual a ponerse uno en el peligro de recaer de la fe en Dios. El individuo no tiene la capacidad de crecer en dominio propio todo el tiempo (2 Pedro 1.5–11). Si uno cede el control de su vida al Espíritu, permite que el Espíritu le guíe, y anda en el camino del Espíritu, él tal desarrollará el dominio propio —junto con los demás componentes del fruto del Espíritu.

Puede ser cierto que entre más tensa sea la persona, mayor sea su temperamento y más

difícil sea el desarrollar un espíritu de dominio propio. No obstante, cualquiera puede controlarse si permite que el Espíritu le guíe y si constantemente añade más dominio propio a su vida.

La palabra raíz de la cual se traduce la frase “dominio propio” es la palabra “fortaleza”. El mandamiento de tener dominio propio no se dio con la intención de que fuera fácil; requiere una gran cantidad de esfuerzo desarrollarlo.

GOLPEANDO EL CUERPO

Tal vez, la más grande demostración de la cantidad de esfuerzo, que conlleva el desarrollar dominio propio, se encuentra en 1 Corintios 9.25–27:

Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y los pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado.

Un atleta tiene que pasar por un entrenamiento vigoroso. Un boxeador, para desempeñarse bien, debe entrenarse durante varios días hasta que por fin tenga su cuerpo en forma para un agotador combate. Estas ilustraciones describen a qué se asemeja el desarrollar dominio propio: se requiere esfuerzo.

El hecho de que el dominio propio se mencione como una de las cualidades necesarias para ser un anciano dentro de la iglesia, demuestra el nivel de madurez que se necesita para tener tal dominio. El que carece de dominio propio carece de madurez y de fortaleza espiritual (Tito 1.8 [dueño de sí mismo]; 1 Timoteo 3.2 [sobrio]).

APLICACIONES PRÁCTICAS DEL PRINCIPIO

¿Cuáles serán algunas de las áreas en las que necesitamos tener dominio propio? ¿Qué prueba podemos hacer para saber si tenemos el dominio propio que debemos tener?

Una forma de verificarlo es nuestra habilidad para refrenar la lengua. Santiago 1.26 dice: “Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su

corazón, la religión del tal es vana”. En Santiago 3.2 leemos lo siguiente: “Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo”. Santiago continuó diciendo: “Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede dominar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal” (Santiago 3.7–8). La lengua debe ser controlada. Nunca está lo suficientemente domada como para que uno se pueda despreocupar y dejarla sin control.

Entre los problemas de la lengua, que preocupan, están los siguientes: el chisme, la mentira, la adulación, el maldecir y la blasfemia. Esto fue lo que Jesús dijo: “Más yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” (Mateo 12.36). La mayor parte del tiempo, no es intención de las personas el hacer un mal uso de la lengua. Nuestra intención es ser honestos, pero caemos en la trampa de hacer que una historia suene más emocionante de lo que en realidad fue. Aun el chisme, no se hace con la intención de ser maliciosos. Muy a menudo, lo que comienza como una inocente conversación se convierte en palabras que hieren a otros. Cuando comenzamos a decir algo acerca de alguien, deberíamos detenernos y preguntarnos: “¿Me gustaría que se dijera esto de mí?”. Esto de seguro impediría que se hablaran muchas palabras feas, nada bondadosas.

También debemos controlar nuestros pensamientos. Aquello en lo cual pensemos regularmente es lo que va a determinar lo que somos. Filipenses 4.8 dice: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad”. Si no pudiéramos controlar nuestros pensamientos, Dios no nos hubiera dicho que lo hiciéramos. Alguien ha dicho que los pensamientos malos e impuros son como un pájaro volando sobre la cabeza: No es posible impedir todo el tiempo que se posen sobre uno, pero sí es posible evitar que

construyan un nido en el cabello.

Finalmente, necesitamos desesperadamente controlar nuestro enojo. "Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo" (Efesios 4.26). Tenemos buenas razones para enojarnos algunas veces, como las tuvo Jesús cuando los mercaderes convirtieron la casa de Dios en una cueva de ladrones. No obstante, debemos tener cuidado de enojarnos por lo que es correcto. Muy a menudo nuestro enojo es de naturaleza egoísta y toma el control de nuestras mentes. Jamás

puede servir el enojo, como excusa para hacer lo malo. Estemos enojados, o no, hemos de hacer lo bueno.

Nuestro padre que estás en los cielos, humildemente nos sometemos a tu voluntad y te damos el control. Ayúdanos a no volver a tener control de nuestras vidas cuando las presiones y los problemas vengan, sino que te dejemos a ti gobernar. Ayúdanos a darnos cuenta que el verdadero dominio propio está dentro de tu dominio de nosotros. En el nombre de Jesús, amén.

Sobre predicación

Preparación

Una vez le dijo un hombre a un amigo: "Jamás sé de lo que voy a hablar, sino hasta cuando faltan cinco minutos para ponerme de pie". Su amigo replicó: "Y esa es la razón por la cual nadie recuerda lo que usted ha dicho cinco minutos después de que se sienta". ¡Los más excelentes discursos para después de la cena, son ideados antes de la cena! Una dama, una vez, le dijo a Turner, el gran artista inglés, cuando miraba una de sus pinturas: "Desearía poder soñar con una escena, como esa de su lienzo". El artista gruñó: "¡Nada de sueños! ¡Para hacer esa pintura fueron necesarios 100.000 brochazos de mi pincel, y eso es trabajo durísimo!" El predicador del evangelio, que desea ser lo mejor para Dios, también descubrirá cuán verdaderas fueron las palabras de Turner, cuando se aplican a la preparación de un mensaje evangelístico o de enseñanza.

No lo complique

Una anciana, la cual llevaba su Biblia, fue vista cuando venía de un servicio en la iglesia, y cuando se le hizo la pregunta: "¿Cuánto disfrutó del sermón?, esto fue lo que contestó: "Llevé el libro equivocado conmigo; ¡debí haber llevado un diccionario!".

¿Qué cumplido preferiría oír?

Cuando dos personas iban saliendo de un servicio de predicación, uno observó: "Me gusta ese *predicador*". La otra respondió: "Me gustó esa *predicación*".

Tiempo de detenerse

Hubo alguien, una vez, quien le preguntó al portero si el hombre que estaba programado para hablar ya había terminado: "Oh, sí", respondió el hombre, "él terminó hace diez minutos, ¡pero no se ha detenido todavía!".

"Os saludan todas las iglesias de Cristo" (Romanos 16.16)

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados